1

SEPARATA BOLETÍN A.U.L.I. Nos. 18 y 19

*Homenaje al Académico
Julio C. Da Rosa*

Presidente de Honor de A.U.L.I.

Instituto Nacional del Libro, Auditorio Mayor

5 de Junio de 1990

Sobre JULIO C. da ROSA

Arturo Sergio Visca
(Presidente de la Academia
de Letras, Uruguay)

Entre los recuerdos de mi vida literaria no son los menos intensos los que conservo de las reuniones que, domingo a domingo, se realizaban, en horas de la tarde, en la casa de Domingo Luis Bordoli. A ellos asistió algunas veces, Paco Espínola, que inevitablemente lucía en esas ocasiones su inigualable destreza de narrador oral, y no faltó la presencia de Felisberto Hernández, genio literario y gastronómico, ni la de Juan Cunha, que hizo conocer, en alguna oportunidad, pasajes de su espléndido poema **Sueño y retorno de un campesino**. Pero junto a estos auténticos representantes de la literatura uruguaya no era infrecuente que aparecieran los más curiosos ejemplares de la fauna humana, como, por ejemplo, indescriptibles aspiran-

tes a escritores, cuyas pretensiones de genialidad eran infinitamente desproporcionadas en relación con su casi inexistente obra, o no menos indescriptibles ejemplares de guitarros y presuntos cantores de tango. Esta caótica diversidad de asistentes no impidió, sin embargo, que en esas reuniones se planearan, entre tabaco, mate y caña, las 39 entregas de la revista **Aslr** que compartía, junto con **Número**, la representación de la llamada **generación del 45**.

En una de esas reuniones fue leído, a fin de ser sometido al juicio de los asistentes, un breve cuento enviado al Consejo de Redacción de la revista **Aslr** por Juan José Morosoli, gran escritor amigo de la revista. El cuento se titulaba **Juan Velorio** y estaba firmado por un desconocido llamado Julio C. da Rosa. Ese breve texto revelaba, entre otras cosas, tres cualidades sobresalientes: el don de contar gozosamente, con ese ímpetu comunicativo que sólo posee el narrador capaz, en el momento de contar, de desprenderse de sí mismo para consustanciar-

se totalmente con el personaje, un íntimo conocimiento de la realidad que proporcionaba la materia de su cuento y un envidiable don de síntesis que le permitía, en poco espacio, apresar íntegramente un personaje y su humana peregrinación. Recuerdo que en algunos de sus comentarios sobre literatura, el Dr. Carlos Vaz Ferreira afirma que lo característico de un gran cuento es que, una vez leído podemos olvidar, con el paso de los años, cuáles son sus rasgos de composición y estilo, cuándo y dónde lo leímos e incluso, quién es su autor, pero lo que no se olvida nunca y queda nítidamente grabado en la memoria es su anécdota y la índole de sus personajes. Han transcurrido muchos años desde aquella lectura y, sin embargo, ella sola fue suficiente para que **Juan Velorio** quedara grabado imborrablemente en mi memoria, con lo cual, y según el juicio del Dr. Vaz Ferreira, ese cuento inicial de da Rosa queda jerarquizado como un cuento memorable, a pesar de sus breves dimensiones. Y es todavía para mí visible la figura conmovedora de su protagonista, asistente puntual de todos los velorios de su pueblo y que, al morir, sólo tuvo por compañía el "rumor del cucaracherío" y unas velas que, apiadado, le prendió el camposantero en el interior del nicho.

Juan Velorio fue la inicial manifestación de un mundo narrativo de singular fisonomía en la literatura uruguaya, cuyos personajes, aparentemente muy simples o elementales, son, en verdad, sutilmente profundos y misteriosos. El narrador ha sondeado hondo en esos seres, uno de cuyos rasgos más hermosos es que siempre le buscan y generalmente le hallan, raíces a sus propias vidas. Esas raíces la encuentran en el gozoso ejercicio de una actividad que es, para ellos, una especie de vocación vital. Gráficamente expresa un personaje esta situación cuando afirma que "un hombre sin especialidad, es com' ojo sin vista". Por eso, aún los más desamparados e infelices de sus personajes, aceptan la vida como un don que usufructúan con gozo. Y no importa que algunos no logren las cosas que incansablemente

persiguen. Les basta con ejercer esa actividad interior en que consiste el deseo y la esperanza. Recuérdese a Silverio Fleitas, a quien todos conocían como bolichero pero a quien nadie le conocía boliche: los más dichosos momentos de su vida son aquéllos en que sueña con el día en que pueda instalarse y ser realmente bolichero. Este sentido activo de la vida tiene como consecuencia que en los cuentos de da Rosa hasta la desdicha tenga frecuentemente, un aire de suave serenidad. Si a los rasgos reseñados se agrega la consustanciación simpática entre el autor y sus personajes y el sesgo risueño pero nunca hiriente con saber verlos y transmitirlos, se comprenderá, sin esfuerzo, por qué esas vidas conmovedoramente humildes adquieren para el lector un signo íntegramente positivo.

Esta caracterización global del mundo narrativo del autor de **Sol a sol** podría ser afinada y profundizada mediante el análisis particularizado de algunos de sus textos capitales. Podrían servir a tal efecto esos textos antológicos que son **Hombre-flauta** o **Julero**, del libro recién citado, y **La vieja Isabel**, de **Camino adentro**; también esa pequeña obra maestra de la narrativa uruguaya que es **Juan de los desamparados** o pasajes de **Mundo chico**, extensa novela cuyos valores de primer rango no han sido aún suficientemente subrayados por la crítica. No es ésta, desde luego, la coasión de proceder a tal análisis. Pero, en atención a las razones que motiva este acto, no puedo dejar de referirme, siquiera sea brevemente, a ese texto clásico de la literatura uruguaya para niños que es -¿quién lo duda?- **Buscabichos**.

Un conocido adagio popular sentencia que todas las comparaciones son odiosas. Aunque es generalmente admitido que los adagios populares expresan un saber irrefutable, es necesario afirmar que esa sentencia no es totalmente exacta y que hay comparaciones válidas y eficaces. Una voz antigua, y por antigua venerable, asevera que hallar semejanzas entre dos cosas o seres diferentes, hace más notorio lo que tienen de diverso, e, inversamen-

te, subraya lo que tienen de semejante, acentuando de ese modo la individualidad de las cosas comparadas. Haciendo pie en estas afirmaciones, cuyo responsable es Aristóteles, establecerá un rápido cotejo entre **Buscabichos** y ese otro clásico de la literatura uruguaya para niños que es **Saltoncito**, de Paco Espínola. Ambos autores se proponen alcanzar idéntica meta; esto es: atrapar la atención del lector infantil de tal modo que la lectura de sus textos sea a la vez goce estético y lección moral, aunque evitando que el segundo propósito confiera a las obras una apariencia de fábula con moraleja. Pero una misma meta puede alcanzarse recorriendo caminos diversos. Y, en efecto, los caminos recorridos en **Saltoncito** y **Buscabichos** son distintos aunque sus autores procuran un idéntico fin. En **Saltoncito**, el medio elegido para el logro del fin propuesto es la fantasía. Como nadie ignora, el protagonista es un pequeño sapo que sale en busca de su padre que un día desapareció de la charca donde vivían, y tras muchas peripecias, lo encuentra cuando va a ser proclamado rey de un país de batracios. El goce estético para el lector infantil consiste aquí en que se evade del mundo real para ingresar en el de la fantasía. Pero luego esta situación se revierte y del reino de la fantasía regresa al real, porque siente que los contenidos éticos de la obra no son fantásticos sino reales y los incorpora a su propia vida. De este modo, goce estético y lección moral quedan armónicamente entrelazados sin descomponer la calidad narrativa del texto. En **Buscabichos**, se toman caminos distintos. El autor, y, por ende, el lector infantil, no se evaden del mundo real. Como es bien sabido, **Buscabichos** está integrado por un conjunto de narraciones relacionadas con animales y con un mismo personaje protagónico, rememorativo de la infancia del autor. Al contrario de lo que ocurre en **Saltoncito**, el goce estético no proviene aquí de eludir la realidad, sino, por lo contrario, de hundirse en ella a través de una recreación de la misma que, sin traicionarla, la depura estéticamente, haciendo sentir esos destellos de poesía que de por sí arroja la realidad mis-

ma. También difiere, en **Buscabichos**, el camino seguido en **Saltoncito** para lograr la lección moral. Lo éticamente formativo en los textos de da Rosa no proviene de la reversión de la fantasía a la realidad, sino que es una emanación -delicadamente insinuada- de las experiencias reales vividas ante el mundo de la naturaleza que el autor trasmite como recuerdos de su propia infancia. Sin esfuerzo, el lector infantil las hace suyas, reviviéndolas. También en **Buscabichos** lo narrativo y lo ético se combinan sin desvirtuarse mutuamente.

Quiero concluir estas páginas transcribiendo dos juicios sobre la creación literaria del autor de **Mundo chico**, que, por la jerarquía de quienes las emitieron, confieren validez a mis afirmaciones. El primero pertenece a Domingo Luis Bordoli, quien, en su prólogo a **Cuesta arriba**, caracterizando uno de los rasgos sobresalientes de los cuentos del libro afirma: "Es evidente el placer con que, desafiando todos los riesgos y limitaciones, el escritor se disfraza de narrador de fogón. Y por eso, el más sutil efecto que procuran los cuentos de da Rosa es algo inherente al 'sabor' mismo del lenguaje, al rico olor y jugo que tienen la palabras. La expresión, a veces, ha sido acuñada y pulida como un refrán. En otras, la frase entera opera como síntesis de una figura humana, de un estilo de vida". Por su parte, Juan José Morosoli, en carta al autor de **Sol a sol**, le dice: "Me gusta su sobriedad - me gusta que el lector 'escriba' parte del cuento leyendo - y ese dejar sin decir algo que puede decirse y el diálogo escueto. No creo que Ud. necesite más para escribir. Pienso que lo que se necesita es andar con el hombre que uno planta. Andar con él por el paisaje o por dentro de su drama o su alegría y ese andar se logra con la fraternidad total. Tiene Ud. eso. Domina muchos elementos fundamentales para escribir relatos y cuentos de primera. Porque tiene la vocación, el fervor y ha visto el hombre y la tierra del hombre".